

Le picaron la cresta a Jesús

Domingo 18 ordinario 2012 B

Un momento crucial en la vida de Cristo lo constituyó la multiplicación de los panes que desembocó en la tremenda discusión con las gentes que querían a toda costa hacer un Cristo a su medida, como habían pretendido que Dios estuviera a su servicio en el camino del desierto, so pena de negarle su fe y su confianza.

Sucede que las gentes que habían probado el pan y los pescados que Cristo había les dado a manos llenas a partir del obsequio de un joven, de inmediato quisieron tomar a Jesús y declararlo rey, pero rey del pan, ¡Tanto era su entusiasmo! Pero Cristo se escapó y se fue él solo a la montaña. Al día siguiente fueron a buscarlo llenos de entusiasmo, hasta la ciudad de Cafarnaúm donde Cristo había establecido sus reales. Pero ocurrió que Cristo conoció de inmediato sus intenciones y a boca de jarro les hizo saber que ellos le buscaban no por su persona, ni por su misión ni por la salvación que quería proporcionarles, sino por el pan que habían comido gratis el día anterior. Esto cayó muy mal en el ánimo de aquellas gentes, que en un momento lo buscaban para aclamarlo y gozar de sus beneficios, pero que un instante después fueron capaces de pedir un nuevo milagro para seguir creyendo en él. Por supuesto que se acordaron del maná que Moisés les había dado a sus antiguos padres en el camino del desierto, que ellos consideraban un pan bajado del cielo. Y Cristo declara solemnemente que ese pan ni era del cielo, ni era definitivo y finalmente no era obra de Moisés sino de Dios mismo que así quería mostrar su benevolencia a aquellas gentes que no lo merecían y que constantemente dudaban de él y de su enviado Moisés.

Aunque no quisieron creer en la superioridad de Cristo sobre Moisés, Cristo fue descubriendo una y otra vez, muy machaconamente, que su Padre era el que les daba verdaderamente el pan del cielo: "Porque el pan de Dios es aquél que baja del cielo y da la vida al mundo". Esto es lo verdaderamente interesante para nosotros los cristianos, que nos hemos acostumbrado a un Dios que tiene que estar sujeto a nuestros caprichos y a nuestros deseos, so pena de decirle que o no creemos en él, o que es malo y no nos comprende o que no nos da lo que nosotros merecemos, incluso llegamos a acuñar frases como aquella de: "qué pecado habré cometido para que me trate de esta manera...". Además, tendríamos que volver a replantearnos desde esta perspectiva, nuestra asistencia a la Eucaristía dominical, considerando a Cristo verdaderamente como el pan bajado del cielo y que puede darnos la vida, la vida para el mundo, como Cristo lo afirma, pero también la vida para el alma del cristiano. Y aquí también cabría otra frase acuñada por la sabiduría popular: "Cargados se agua y muertos de sed", pues nada más observar las caras de los cristianos en Misa, unos que desconsideradamente llegan tarde, otros que

asisten distraídamente y sin ninguna muestra de que están asistiendo a un acto importante, y otros que finalmente aunque hayan guardado cierta compostura, al momento en que el sacerdote les muestra el pan convertido en el Cuerpo del Señor, sencillamente lo ignoran, se sientan cómoda o incómodamente, mirando el reloj para ver a que horas termina la procesión de los que sí se acercan a recibir "el pan de vida".

Aunque las gentes se empecinaron en no querer entender el mensaje de Cristo, podemos quedarnos con aquella petición que le hicieron: "Señor, danos siempre de ese pan", y tendríamos que volver a escuchar pero ya dirigido a nosotros el sublime mensaje: "Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed".

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en
alberami@prodigy.net.mx